

Callejón del Gato A merced del silencio

José Ramón Enríquez

Confieso de entrada que no tenía la menor idea de la existencia de Patrick Modiano hasta que le otorgaron el Nobel y, como me suele ocurrir con los altos galardonados, desconfié. Pregunté sobre él y las opiniones resultaron por completo opuestas. No fue fácil encontrar alguno de sus libros en mi ciudad pero, cuando al fin llegó uno a mis manos, confieso que me hipnotizó su lectura. Y uso con propiedad esta palabra: me hizo revivir en el sueño de otro tiempo, me introdujo en ese aparentemente pequeño mundo de la melancolía. De muchos modos, también me puso frente a mí y me hizo entender lo que a él mismo le escribe uno de sus personajes: “vivimos a merced de ciertos silencios”. Silencios que nunca son los propios, qué más quisiéramos. Entendí que Modiano deambulaba también por el Callejón del Gato y se veía inútilmente en un espejo que debía descifrar.

Comencé por preguntar lo que no puedo responder tras leer una decena de sus libros: ¿Modiano se mira al espejo, o el personaje de Patrick Modiano, eterno habitante de sus páginas, es quien lo mira desde cualquier estrecho callejón de la memoria?

Me pregunto si es el suyo un Callejón del Gato aun cuando sé que debo tener cuidado al preguntarlo. Ya he sido acremente reconvenido por meter a cualquiera, o meterme yo mismo, en los laberintos que acceden al Madrid del esperpento y respondo que no, el personaje de Modiano que se mira al espejo es demasiado triste, está demasiado triste, como para ser valleinclaniano. Y, sin embargo, Modiano también ha salido de la Plaza Mayor hacia la calle Mayor, sólo que su reflejo va solo, profundamente solo, y si busca alguna señal de identidad fuera de los espejos está

condenado eternamente a encontrarse a sí mismo. Va tan triste como la *Villa triste* que da nombre a la novela en la cual mira hacia el frente y sabe que “todo aquello era demasiado bueno y que al día siguiente ocurriría una catástrofe. El 12 de julio de 1939”.

Modiano nació en 1945, como yo, y tampoco vivió las guerras que lo obsesionan. Yo viajé a Madrid en los sesenta y, entre la Calle de la Ballesta y la Plaza Mayor, busqué fantasmas para completar historias que, hasta la fecha, continúan llenas de sombras. Y los espejos valleinclanianos del Callejón del Gato me ayudaron a dibujar aun más el panorama. Así que siento vecino de esos rumbos a ese triste narrador empeñado en entregarnos su *Libro de familia* necesariamente lleno de elipsis y lagunas y mentiras y niebla. De niebla, sobre todo.

Tal vez fui a Madrid para completar mi propio libro de familia. Así, transfiguro su Montmartre en mi memoria de una Calle Mayor que recorrí sobrio, ebrio, insomne, hipnotizado, en busca de algo que nunca supe qué. Algo que tampoco encuentro en Modiano. Pero sí encuentro la búsqueda, la obsesión por clavar la mirada en los espejos de algún Callejón del Gato que traigamos grabado a fuego en la memoria.

Nació en 1945, semanas antes que yo, acabadas nuestras guerras formalmente. Su lectura me lleva a caminar entre sombras, obsesionado por batallas que no luchó pero desde cuyo estruendo distingue su propia voz. Lo que para mí se resolvió en la adopción de esa extraña y trágica doble nacionalidad de refugiado que se lleva adonde quiera que se va, para él es algo más doloroso: ser judío en una Fran-



cia que no se quiere recordar colaboracionista pero que en mucho lo fue hasta el tuétano. Así, *El lugar de la estrella*, *La place de l'Étoile*, su primera novela que podría haberse traducido como esa *Plaza de l'Étoile* por todos conocida, es la amarilla de David, que debían llevar todos los judíos en un lugar preciso cosida a su ropa y a su conciencia histórica. Su *Trilogía de la ocupación*, novelas desde el pasmo juvenil, parecen escritas desde una senectud adolorida a la que no ha llegado su autor y en la cual la memoria ya duele porque se va perdiendo.

En cuanto a mí y a mi recuerdo de la Calle Mayor que veía hacia la Plaza Mayor en la muy menor y maloliente Pensión Mayor que era vecina de los Espejos que viera Max Estrella con sus ojos de ciego, me identifico con Patrick Modiano porque el suyo no es su mundo. Es de un otro yo que se pierde en historias que jamás ha vivido.

En *La hierba de las noches*, una de sus últimas novelas o al menos una de las últimas traducidas al castellano, se pregunta el personaje: “¿Por qué ese perpetuo sentimiento de incertidumbre y de culpabilidad? ¿Culpable de qué exactamente?”.

Culpables de no haber estado ahí. Eso lo compartimos con cualquiera que hoy deambule también por algún sitio. **u**